

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración de Jesús (4)

28 de diciembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

El encuentro de hoy tiene lugar en el clima navideño, lleno de íntima alegría por el nacimiento del Salvador. Acabamos de celebrar este misterio, cuyo eco se expande en la liturgia de todos estos días. Es un misterio de luz que los hombres de cada época pueden revivir en la fe y en la oración. Precisamente a través de la oración nos hacemos capaces de acercarnos a Dios con intimidad y profundidad. Por ello, teniendo presente el tema de la oración que estoy desarrollando durante las catequesis en este período, hoy quiero invitaros a reflexionar sobre cómo la oración forma parte de la vida de la Sagrada Familia de Nazaret. La casa de Nazaret, en efecto, es una escuela de oración, donde se aprende a escuchar, a meditar, a penetrar el significado profundo de la manifestación del Hijo de Dios, siguiendo el ejemplo de María, José y Jesús.

Sigue siendo memorable el discurso del siervo de Dios Pablo VI durante su visita a Nazaret. El Papa dijo que en la escuela de la Sagrada Familia nosotros comprendemos por qué debemos «*tener una disciplina espiritual, si se quiere llegar a ser alumnos del Evangelio y discípulos de Cristo*». Y agregó: «*En primer lugar nos enseña el silencio. ¡Oh! Si renaciésemos en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu: en nosotros, aturridos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas*

corazón de María, su fe (cf. Lc 1,45), su esperanza y obediencia (cf. Lc 1,38), sobre todo su interioridad y oración (cf. Lc 1,46-56), su adhesión libre a Cristo (cf. Lc 1,55).

Y todo esto procede del don del Espíritu Santo que desciende sobre ella (cf. Lc 1,35), como descenderá sobre los Apóstoles según la promesa de Cristo (cf. Hch 1,8). Esta imagen de María que nos ofrece san Lucas presenta a la Virgen como modelo de todo creyente que conserva y confronta las palabras y las acciones de Jesús, una confrontación que es siempre un progreso en el conocimiento de Jesús. Siguiendo al beato papa Juan Pablo II (cf. Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*) podemos decir que la oración del Rosario tiene su modelo precisamente en María, porque consiste en contemplar los misterios de Cristo en unión espiritual con la Madre del Señor.

La capacidad de María de vivir de la mirada de Dios es, por decirlo así, contagiosa. San José fue el primero en experimentarlo. Su amor humilde y sincero a su prometida esposa y la decisión de unir su vida a la de María lo atrajo e introdujo también a él, que ya era un «*hombre justo*» (Mt 1,19), en una intimidad singular con Dios. En efecto, con María y luego, sobre todo, con Jesús, él comienza un nuevo modo de relacionarse con Dios, de acogerlo en su propia vida, de entrar en su proyecto de salvación, cumpliendo su voluntad. Después de seguir con confianza la indicación del ángel —«*no temas acoger a María, tu mujer*» (Mt 1,20)— tomó consigo a María y compartió su vida con ella; verdaderamente se entregó totalmente a María y a Jesús, y esto lo llevó hacia la perfección de la respuesta a la vocación recibida.

El Evangelio, como sabemos, no conservó palabra alguna de José: su presencia es silenciosa, pero fiel, constante, activa. Podemos imaginar que también él, como su esposa y en íntima sintonía con ella, vivió los años de la infancia y de la adolescencia de Jesús gustando, por decirlo así, su presencia en su familia. José cumplió plenamente su papel paterno, en todos los sentidos. Seguramente educó a Jesús en la oración, juntamente con María. Él, en particular, debió de llevarlo consigo a la sinagoga, a los ritos del sábado, como también a Jerusalén, para las grandes fiestas del pueblo de Israel. José, según la tradición judía, debió de dirigir la oración doméstica tanto cotidianamente —por la mañana, por la tarde, en las comidas— como en las principales celebraciones religiosas. Así, en el ritmo de las jornadas

lo digáis solo de palabra, decidlo con vuestra vida, aprended cada vez más a decir "Padre" con vuestra vida; y así seréis verdaderos hijos en el Hijo, verdaderos cristianos.

Aquí, cuando Jesús está todavía plenamente insertado en la vida de la Familia de Nazaret, es importante notar la resonancia que puede haber tenido en los corazones de María y de José escuchar de labios de Jesús la palabra "Padre", y revelar, poner de relieve quién es el Padre, y escuchar de sus labios esta palabra con la consciencia del Hijo Unigénito, que precisamente por eso quiso permanecer durante tres días en el templo, que es la "casa del Padre". Desde entonces, podemos imaginar, la vida en la Sagrada Familia se vio aún más colmada de un clima de oración, porque desde el corazón de Jesús todavía niño —y luego adolescente y joven— no cesará ya de difundirse y de reflejarse en los corazones de María y de José este sentido profundo de la relación con Dios Padre. Este episodio nos muestra la verdadera situación, el clima de estar con el Padre. De este modo, la Familia de Nazaret es el primer modelo de la Iglesia donde, en torno a la presencia de Jesús y gracias a su mediación, todos viven la relación filial con Dios Padre, que transforma también las relaciones interpersonales, humanas.

Queridos amigos, por estos diversos aspectos que, a la luz del Evangelio, he señalado brevemente, la Sagrada Familia es icono de la Iglesia doméstica, llamada a rezar unida. La familia es Iglesia doméstica y debe ser la primera escuela de oración. En la familia, los niños, desde su más temprana edad, pueden aprender a percibir el sentido de Dios, gracias a la enseñanza y al ejemplo de sus padres, y vivir en un clima marcado por la presencia de Dios. Una educación auténticamente cristiana no puede prescindir de la experiencia de oración. Si no se aprende a rezar en la familia, luego será difícil llenar ese vacío. Y, por lo tanto, quiero dirigiros una invitación a redescubrir la belleza de rezar juntos como familia en la escuela de la Sagrada Familia de Nazaret, y así llegar a ser realmente un solo corazón y una sola alma, una verdadera familia. Gracias.

(Saludos a los peregrinos de lengua española, y a los jóvenes, los enfermos y los recién casados)